

# Atacama en Domingo

DIARIO ATACAMA

COPIAPO, REGION DE ATACAMA 8 DE SEPTIEMBRE DE 1996

Al realizar un somero análisis de los escritos de Jotabeche, es necesario esbozar, aunque también sea de modo ligero, el marco histórico, cultural y específicamente literario en el que se inscriben sus creaciones.

Es indudable que las jóvenes repúblicas hispanoamericanas en las primeras décadas del siglo pasado aún continuaban con la mirada puesta en los modelos del arte español. El ancestro literario hispánico se había caracterizado desde sus orígenes por la inclinación de los autores a registrar los hábitos de vida y los tipos humanos de sus respectivos tiempos. Al respecto, recordemos algunos nombres desde el mil trescientos adelante: Juan Ruiz, Archipreste de Hita y su simpático "Libro del buen amor"; luego, en el Siglo de Oro, las numerosas novelas picarescas, de las que el "Lazarillo" sólo fue la muestra iniciadora, ya que, entre otros muchos autores, dos creadores tan grandes como Cervantes y Quevedo también cultivaron ese género narrativo. Aún en el siglo XVIII, tan neoclásico, destacan nombres importantes en obras de sello costumbrista: Diego de Torres Villarroel, doctor en matemáticas y novelista, y Ramón de la Cruz, dramaturgo, autor de sainetes en que retrata todos los tipos populares madrileños.

Estos son, a grandes rasgos, los precedentes que habían servido de moldes durante el largo período de dependencia del dominio español. El siglo XIX se inicia con una revolución literaria que se derivó en forma natural de la renovación en otros órdenes filosófico, político, social, etc.: el romanticismo, fenómeno de una nueva estética que se expandió por toda Europa y consignó ilustres nombres que todos conocemos: Goethe, Schiller, Lord Byron, Espronceda, V. Hugo, Larra, Dumas, W. Scott. Entre los postulados de la tendencia romántica destacaban la pasión por la libertad, la mezcla de lo sublime y lo grotesco, la observación de la naturaleza y de la sociedad, la atención hacia lo pintoresco y típico de grupos y ambientes humanos.

Pero circunscribiéndonos a nuestro país y a la obra de José J. Vallejo, tampoco podemos pasar por alto las influencias del momento histórico en que se desarrolló su existencia, breve por cierto, pero intensa y fecunda. De sus cuarenta y siete años de vida, entre 1811 y 1858, treinta de su juventud y madurez coinciden con especiales circunstancias políticas y culturales de nuestra naciente república.

En el aspecto político, después de la definitiva emancipación y de algunos gobiernos autoritarios que habían procurado organizar el país, si bien provocando fuertes resistencias, se habían configurado dos corrientes doctrinarias: una, conservadora; otra, liberal. Este esquema de algún modo se reflejaba también en el plano cultural, especialmente en el de los estudios superiores, a los que una escasa minoría de jóvenes, casi todos santiaguinos, tenía ac-

## Perfil literario de Jotabeche

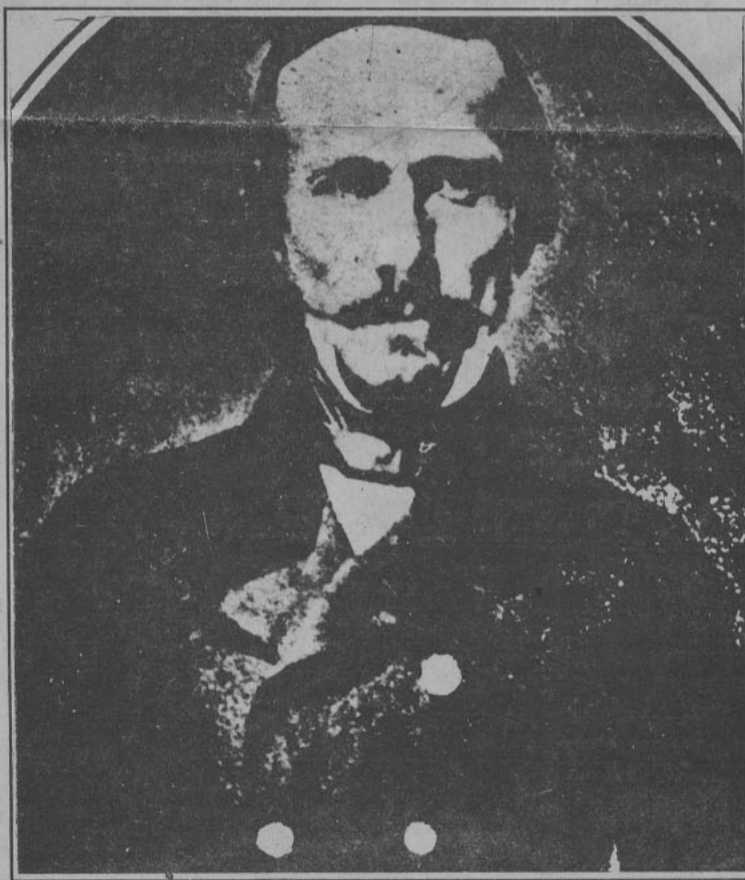
Por Rebeca Ríos E.

ceso. El sello de la formación filosófica de los dos grandes maestros que los dirigían, don A. Bello, conservador, y don José Joaquín de Mora, liberal, se imprimía en las instituciones que los impartían: el Instituto nacional, el colegio de Santiago y el Liceo de Chile. José Joaquín Vallejo, favorecido con una beca, pudo estudiar en dos de ellos, aunque no pudo continuar a causa de sus escasos recursos económicos.

Otra circunstancia que contribuyó a conferir un especial matiz al ambiente cultural

Santiago".

Una manifestación y a la vez factor de este ambiente de efervescencia ideológica y cultural, fue la instalación de la Sociedad Literaria, impulsada por José Victorino Lastarria, quien al pronunciar su discurso inaugural había instado a los jóvenes intelectuales a abandonar los viejos modelos españoles para crear una literatura verdaderamente nacional, según sus palabras, "peculiar del pueblo que la posee, conservando fielmente la estampa de su carácter..."



De modo que la atmósfera espiritual creada por la influencia de los maestros mencionados, del grupo argentino, de la Sociedad Literaria y de la incipiente apertura democrática, fue el estímulo propicio al surgimiento del llamado Movimiento Intelectual de 1842, del que fue partícipe Jotabeche. Años más tarde, en su libro de memorias "Recuerdos Literarios", Lastarria se refiere al escritor nortino describiéndolo como "un espíritu inquieto y ardiente, de gran viveza y sagacidad".

Y como afianzamiento de esta nueva etapa que se iniciaba en nuestro país desde 1841, hay que considerar la estabilidad económica originada en gran medida en la febril actividad minera surgida desde Chañarillo, verdadero surtidor de riquezas, que también incidiría en los cambios de las costumbres y gustos coloniales.

En este medio se encuadra la obra literaria de Jotabeche, fiel reflejo de su tiempo y entorno, la que, no obstante, ha trascendido esos límites por las cualidades que posee, algunas de las cuales es preciso destacar.

Se conservan alrededor de cien composiciones que han sido publicadas en una decena de ediciones, la mayoría en forma parcial. Se clasifican como artículos de sátira política, de costumbres, narraciones, manifiestos, comunicados, crónicas parlamentarias, discursos,

correspondencia diplomática y privada. Se advierte en ellos que su autor supo percibir y expresar el especial momento de transición que vivía el país, a veces con marcada mordacidad crítica provocada por una sincera preocupación ante el espectáculo de las debilidades o errores sociales, en otras, con ánimo festivo por lo ridículo de algunas situaciones, o bien, para evocar con nostalgia las sencillas alegrías y tiernos sentimientos manifestados en una época ya ida.

Se revela también como un hombre sensible, conmovido por el sufrimiento de sus semejantes: el penoso trabajo del minero, el terrible deterioro de los que quedan inválidos, ciegos o mutilados, la miseria y abandono de muchas familias de los verdaderos descubridores de yacimientos valiosos. Ante la naturaleza lo es también, al contemplar sus imponentes bellezas, diferentes a los largos de nuestro territorio, que lo inducen a reflexionar sobre la existencia humana. Sin darse cuenta, y tal vez sin quererlo, Jotabeche aplicaba muchos de los principios de la escuela romántica, tema del que se burla con mucho regocijo. Pero, el registro de lo cotidiano, de actitudes y procedimientos con la finalidad de realzar el contraste entre lo que es y lo que debe ser, con un sano objetivo edificante, constituye un auténtico rasgo romántico.

El ejemplo y el éxito de Jotabeche - primer realizador de los ideales de nacionalismo literario- encontraron eco en varios escritores chilenos del siglo pasado: Alberto Blest Gana, Daniel Barros Grez, Román Fritis, copiapino, Pedro Ruiz Aldea, sureño. Influyó además de modo considerable en el periodismo nacional: periódicos y revistas de Santiago y provincias, entre 1850 y 1870, incluían como artículos de fondo, cuadros y comentarios costumbristas como materiales indispensables. Tal es, a grandes rasgos, la proyección literaria de su obra.

Es posible que desde el punto de vista de la forma, del estilo, el gusto actual objete la lentitud o las numerosas referencias a cosas de época. Sin embargo, es admirable su competencia en el manejo del idioma, perceptible en cuanto a léxico y múltiples recursos. Pero más importante tal vez que un estricto valor literario, representa para nosotros como chilenos y habitantes de este norte, potente en sus recursos humanos y materiales, un vínculo con nuestro pasado, en el que se hundan nuestras raíces. Releer los artículos de Jotabeche es un saludable ejercicio para rememorar toda esa "intrahistoria", como dice Unamuno, la de los pequeños sucesos y personas, que constituyen el verdadero y sólido tejido de la historia de la humanidad.